

LA QUIEBRA DEL EUROCENTRISMO

M. Rodinson

La guerra de 1914-1918 quebró, tanto en este campo como en otros, la confianza en sí misma de la civilización europea, su creencia en un progreso indefinido en la misma línea y, con ello, el etnocentrismo europeo. La revuelta árabe en Oriente, aunque canalizada, el movimiento kemalista, el desmoronamiento de las naciones alógenas del antiguo Imperio ruso y las revueltas de la India e Indonesia entre otras, todo ello, como prolongación de la incipiente revolución turca y la revolución iraní del período 1905-1914, vino a hacer sentir que la hegemonía europea podía ponerse en cuestión. La explicación corriente se buscó naturalmente en una maliciosa conspiración contra el Bien, en la que la aparición del bolchevismo ruso aportaba un ventajoso refuerzo al diabolismo masónico y a la perversidad judía, católica o protestante (según el caso). Nada más terminar la guerra aparecía la fulgurante obra de O. Spengler, *Der Untergang des Abendlandes* ("La decadencia de Occidente") (1918-1922). De forma más específica, el americano Th. Lothrop Stoddard publicaba *The Rising Tide of Color against White World Supremacy* ("La creciente marea de color contra la supremacía mundial blanca") (1920). El mismo autor publicaba más tarde una obra de título significativo, *The New World of Islam* ("El nuevo mundo del Islam") (1921). Este publicista no especializado pero bien documentado, sin ocultar su esencialismo racista, mostraba por doquier los profundos cambios que habían creado un "extraño Oriente nuevo, en gran medida producto de las influencias occidentales" (1). La nueva imagen que él proponía era, en principio, la de un mundo centrado sobre algún misterioso núcleo fundamentalmente diferente, hostil, un tanto repulsivo, fundado en la ignorancia y el salvajismo, y al que difícilmente lograban mantener a raya los frenos de la religión y de la costumbre, así como de una élite ins-

(*) Capítulo de La fascinación del Islam, de próxima publicación de Júcar Ed.

truida poco numerosa (2). No obstante, si bien se mira, los factores que él describía eran más bien los que también habían obrado en la historia de Occidente: la lucha contra la opresión o la injerencia extranjeras, las aspiraciones de las capas sociales desfavorecidas a una vida mejor, todo ello traducido y vehiculado por las ideologías.

Esta visión de las cosas siguió siendo por lo general la de la gran mayoría del público europeo-americano (incluidos también la mayor parte de los especialistas), excepto cuando el énfasis se ponía más bien en el primer elemento: salvajismo latente y mal encauzado, fanatismo desencadenado frente la empuje civilizador de Occidente.

La quiebra, sin embargo, no quedó exenta de efectos. Podemos ver en la persona y la obra de Thomas Edward Lawrence (1888-1935) el dramático enfrentamiento entre un exotismo romántico y una realidad tomada empíricamente con sus dimensiones universales, aunque adornada con los prestigios del color local. El exotismo puede llevar a una comprensión más profunda de las aspiraciones indígenas, como sucede en un cierto número de turcófilos en la línea de Pierre Loti. Pero, con mayor frecuencia, los anticolonialistas son universalistas poco interesados por el pasado o por los caracteres específicos del presente, vestigios de una edad bárbara que se trata de destruir. El exotismo lleva más bien a las políticas coloniales, a esforzarse por conservar los arcaísmos, a aliarse con los conservadores indígenas y a delatar en los intelectuales indígenas, reformadores o revolucionarios, socializantes o no, pálidos imitadores de Europa, impulsados por ideas abstractas y mal comprendidas a destruir su propio patrimonio. De manera general tal es el juicio de todo el público. La modernización es considerada como un elemento inauténtico, una tradición a la especificidad. En la misma línea se sitúa prácticamente la visión de los esoteristas que buscan en el Oriente musulmán, así como en el Oriente budista por ejemplo, un modelo de vida sabia, un contacto con realidades suprasensibles y secretos ancestrales transmitidos a través de una línea iniciática. Lejos de ver en las cofradías musulmanas una inspiración satánica, éstos buscan en ellas más bien células de transmisión de la tradición teosófica ancestral. Algunos se convertirán al Islam y morirán en tierra musulmana, como René Guénon (1886-1951). En Europa y América, esta

orientación de espíritu, esta visión fabulosa de un Islam esotérico constituyó el éxito de numerosas sectas más o menos inspiradas en el Islam y, como consecuencia de toda suerte de malentendidos, incluso del Islam ortodoxo o de una religión como el bahaísmo.

La Rusia marxista, el elemento disidente o cismático de Europa, no aporta sino algunos matices a la visión liberal y anticolonialista, heredada de las ideas de la Revolución francesa. El papel irrelevante atribuido a las superestructuras ideológicas por el marxismo vulgar, ideologizado e institucionalizado, lleva a considerar al mundo musulmán como una simple parte del mundo subdesarrollado, explotado y oprimido por el capitalismo europeo. Los musulmanes obedecerían, así pues, exactamente a las mismas motivaciones que el resto de los hombres, contarían con opresores "feudales" o burgueses que explotan a la masa del pueblo, y ésta vendría a ser tan propensa como otras a la rebelión, una vez disipados los "prejuicios" que obstaculizan a su lucidez. Esta "toma de conciencia" habría de darse gracias a las fuerzas por naturaleza enovadoras que proporciona el proletariado indígena. La extrema debilidad de los proletarios industriales en estos países otorgaría un papel principal a los ínfimos núcleos formados por los partidos comunistas que, sin embargo, vendrían a encarnar la esencia del pensamiento teórico y estratégico del proletariado mundial. Para los comunistas de los países occidentales avanzados (sobre todo aquellos que poseen colonias, naturalmente) que participan de la visión general de su universo, es la fuerza del fanatismo que desarrolla intrínsecamente su religión lo que mantiene a los musulmanes en su retraso cultural. Sin duda un día "verán la luz" pero, en espera de esa toma de conciencia aún lejana, el papel revolucionario, incluso en sus propios países, corresponde a la élite europea (3).

En el interior de la Unión Soviética los musulmanes son, para los dirigentes comunistas rusos, simplemente gentes particularmente influenciadas por prejuicios retrógrados. Para comprenderlos es preciso desterrar antes que nada la vieja actitud de enternecimiento inspirada por la tendencia al exotismo (4). Una vez destruídos los elementos "feudales" y burgueses, y una vez establecida la base de economía socialista necesaria, estos prejuicios caerán poco a poco gracias a la

ayuda iluminada del "hermano mayor" ruso, más avanzado en este camino. El Islam es una religión a combatir como cualquier otra, aunque la idea de fases transitorias, de precauciones tácticas en la lucha antirreligiosa no esté ausente. Las culturas nacionales de los pueblos musulmanes existen y deben ser mantenidas en sus aspectos válidos, es decir, animadas con un contenido socialista y purgadas de toda referencia religiosa.

Muy pronto aparecen elementos con una visión más matizada, pero sólo con dificultad desembocan éstos en el plano de lo explícito y lo teórico. Desde los comienzos del régimen soviético, el comunista tártaro Sultan Galiev (nacido hacia 1880, muerto después de 1940) pinta al mundo musulmán como un mundo particularmente susceptible de recibir, en virtud de su propia especificidad musulmana (que de ninguna manera debe ser combatida ni destruida), la ideología comunista y de divulgaria. Resultaría brutalmente expulsado. Sus ideas sólo serían adoptadas en el exterior, y de manera tímida y muy lenta, por ciertos comunistas de los países musulmanes, sobre todo en Indonesia y en los países árabes. Incluso una parte importante de sus defensores acabarían cruzando la línea de demarcación del mundo comunista y haciéndose nacionalistas marxizantes o simplemente socialistas (6).

La ola incontenible del movimiento de descolonización tenderá a modificar la imagen del mundo musulmán en sectores limitados pero influyentes de la sociedad occidental. El movimiento por la independencia bajo sus aspectos puramente nacionalistas, encarnado por musulmanes de las capas superiores de la sociedad, deseoso de adaptarse a Occidente para poder adquirir con ello las virtudes dinámicas y conquistadoras de la libre empresa, suscita numerosas simpatías en los medios dirigentes y comerciales occidentales. Un cierto universalismo capitalista ve en los musulmanes a homólogos que pueden ser adiestrados igualmente en el camino del desarrollo seguido por Europa y la América blanca a partir del siglo XIX. La inglesa Freya Stark escribe, en 1945, un libro de título significativo, **East is West** (Oriente es Occidente), dedicado a "sus hermanos los jóvenes effendis", en el que presenta la contrapartida a la actitud imperialista y exotizante de Kipling. Naturalmente, esto no excluye la toma en consideración de las particularidades loca-

les, pero éstas se conciben como un factor de carácter secundario. El Islam es considerado aquí como una religión del mismo tipo que las otras que, al tiempo que proporciona a sus adeptos razones espirituales de vivir, no debe obstaculizar su actividad económica y puede servir de muralla contra los estragos de la ideología comunista atea.

La ideología anticolonialista de izquierdas avanza en un sentido muy diferente. El universalismo, que dicha autora toma en sus raíces liberales o socialistas, tenderá, inversamente, a transformarse en reconocimiento, e incluso en exaltación, de la especificidad. Lleva al Tercer Mundo su visión de una fuerza elemental, explotada, oprimida, brutal, que hará desplomarse definitivamente al Viejo Mundo de la miseria y la dominación. A partir de entonces, los valores propios de estos pueblos recibirán un tributo administrativo, aún cuando ciertos malentendidos muy normales tiendan a descubrir en ellos, bien que sea bajo una forma específica, los mismos valores que animan a los medios europeos en cuestión. Para algunos de los más comprometidos en este sentido, el Islam aparece en sí mismo como una fuerza "progresiva" por naturaleza. Se efectúan incluso conversiones al Islam.

Esta tendencia resulta particularmente espectacular en un grupo de católicos de izquierda a la cabeza de los cuales está el muy sabio especialista francés Louis Massignon (1883-1962). Imbuido por una visión mística de la historia y una sed de abnegación en favor de los pobres y los humillados enraizada en una corriente cristiana seglar, lleva a su extremo la tendencia latente del cristianismo de estos últimos años, expresada con máxima fuerza y nitidez en la Iglesia católica. La amenaza del ateísmo, la revisión de los puntos de vista tradicionales cuya responsabilidad en la descristianización de las masas occidentales aparece con resplandeciente evidencia, el "reavivamiento" (como dicen los teólogos) de los valores fundamentales y originales de la fe cristiana, todo ésto ha llevado a un sentimiento de solidaridad más que de hostilidad hacia las otras religiones. La tendencia ecuménica, sin abandonar la pretensión de poseer íntegramente la verdad ni, teóricamente, de llevar poco a poco hasta ella a los descarriados, renuncia sin embargo a toda pretensión extraespiritual y reconoce en las demás religiones a interlocutores válidos y eventuales aliados, hombres de

buenos poseedores de valores respetables, y ya no fuerzas enemigas inspiradas por Satán. El Concilio ecuménico Vaticano II, en octubre de 1965, rinde homenaje al Islam por las verdades que ha transmitido sobre Dios y su poder, sobre Jesús, María, los profetas y los apóstoles. Y mientras que en la Edad Media se estimaba que estas "verdades" sólo servían de camuflaje para hacer admisible la impostura fundamental del Islam, ahora se viene por el contrario a admitir que los "errores" musulmanes son más o menos secundarios en relación con el mensaje no-teísta primordial que el Islam aporta.

Este giro ideológico hace bastante delicada la emisión de un juicio cristiano sobre Mahoma. Ya no es posible ver en él un puro impostor satánico como en la Edad Media. Si la mayoría de las ideologías cristianas más o menos interesadas por el problema se reservan prudentemente su opinión, ciertos católicos especialistas en el Islam ven en él a "un genio religioso". Otros van más lejos y pasan a investigar si no se trataba, en cierto sentido, de un verdadero profeta, ya que el mismo Santo Tomás de Aquino habla de un tipo de profecía doctrinaria que no implica necesariamente perfección e impecabilidad (7). Algunos cristianos en la línea de Massignon, al mismo tiempo impresionados por el valor de fé de las experiencias religiosas musulmanas y emocionados por las injusticias históricas de su comunidad para con el Islam, tanto en su calidad de religión como de conjunto de pueblos dominados y despreciados en época reciente, pasan a formulaciones, que pueden ser objeto de acusaciones de sincretismo y de "herejía islamizante" llovidas de parte de los integristas indignados (8).

La izquierda anticolonialista, cristiana o no, pasa con frecuencia así a una sacralización del Islam y las ideologías contemporáneas del mundo musulmán, cayendo con ello de un extremismo en otro. En el plano histórico, por ejemplo, Norman Daniel sitúa entre las concepciones impregnadas de espíritu medieval o imperialista, toda crítica de la actitud moral del Profeta, y acusa de tendencias de este género a toda explicación del Islam y de sus características que recurra a los mecanismos habituales de la historia humana. Se pasa de la comprensión a la pura y simple apologética. El entusiasmo de este sector de la opinión sólo se ve moderado por la tendencia de algunos de sus miembros a exal-

tar, a veces en un tono igualmente excesivo, a otros grupos étnicos, cuasi-étnicos o religiosos con los que el mundo musulmán se ha encontrado o se encuentra aún en conflicto: los negroafricanos y los judíos en primer lugar.

A esta gran reconciliación se resisten así mismo determinados sectores de la opinión europeo-americana. En primer lugar están los elementos que acabamos de mencionar y los integristas cristianos, por lo general de tendencia derechista, aferrados a las concepciones medievales y/o imperialistas, decididos a defender a la civilización cristiana y europea contra la ola ascendente de la barbarie musulmana. Los sabios especialistas se reparten entre la diferencia y estas diversas tendencias con todos sus matices.

La influencia de las nuevas problemáticas de las ciencias humanas ha terminado por alcanzar a los estudios orientales. Un número cada vez mayor de especialistas, por más que su atención esté vuelta hacia el mundo musulmán medieval o hacia épocas más recientes, estudia los problemas bajo un ángulo sociológico (9). La historia económica y la historia social, durante largo tiempo descuidadas, han terminado siendo cultivadas por especialistas cada vez más numerosos (10). Se puede hacer constar en todo el campo de los estudios sobre el Islam un esfuerzo por trascender el puro trabajo filológico y desembocar en conclusiones sintéticas parciales inspiradas, no por el mero buen sentido o por ideas generales de tipo filosófico, sino por los resultados a los que han llegado investigadores que trabajan en un conjunto determinado de fenómenos sociales: historiadores de tal o cual conjunto coherente de fenómenos, demógrafos, economistas, sociólogos, etc.

De modo paralelo se han visto multiplicados los contactos con los especialistas indígenas. El principal obstáculo ha sido, durante mucho tiempo, el escaso número de verdaderos especialistas, desligados de los modos medievales de estudio y pensamiento. El colaborador era frecuentemente un informante cuya aportación había de ser totalmente repensada por el sabio europeo. Los obstáculos sociales a la formación de equipos verdaderamente especializados procedían, por una parte, de la situación colonial del Oriente musulmán y, por otra, de las tradiciones sociales

y culturales (11). Estas dificultades han sido (sólo en parte) superadas. Otras más han surgido, nacidas sobre todo del vigor de las opciones ideológicas profesadas en el seno del mundo musulmán en un período de lucha agudizada contra los restos y las secuelas de la hegemonía europea. Semejantes períodos son eminentemente favorables al extremismo ideológico. Los sabios europeos se vuelven a menudo contra este extremismo sin llegar a comprender siempre sus motivaciones y olvidando los componentes ideológicos de sus propios juicios. Pero el obstáculo es real, aún cuando resulte fácilmente superado si se trata de investigaciones enfocadas hacia puntos limitados y muy precisos y que no ponen demasiado en juego la ideología religiosa o nacionalista (12).

Otra tendencia general muy clara consiste en interesarse más que antes por lo que desdeñosamente se ha dado en llamar las "épocas bajas" (13). Un esencialismo cultural que pone de relieve la primacía de la religión, a veces también la de la "raza", y admite la existencia y la perdurabilidad de un modelo "puro" para cada civilización, hizo que se concediera privilegio al estudio de la Edad Media musulmana. La influencia de las investigaciones económicas y sociales, la orientación sociológica y las vinculaciones con los economistas, demógrafos o antropólogos han puesto de relieve el interés no menos grande del estudio de los períodos más recientes, favorecido por una documentación mucho más abundante. Se ha convenido, entre otras cosas, de que el Imperio otomano, la Persia safawí y el Estado de los Grandes Mongoles marcaron un cierto apogeo del Islam (14). Incluso el período de los contactos estrechos con Occidente, el del nacimiento de las ideologías modernas, plantea problemas que su modernidad más o menos relativa no permite olvidar ni despreciar.

Como en otras ciencias humanas, se empieza a pensar en ellos en términos de problemas a examinar, a discutir, a esclarecer de todas las maneras posibles, lo que exige una coordinación pluridisciplinar y la exclusión de una jerarquía fáctica entre disciplinas nobles y viles. La tendencia a la acumulación de materiales, preparados y presentados del mejor modo posible, a la elaboración de repertorios y a la enumeración, tendencia que por otra parte jamás había sido exclusiva, cede terreno ante la tendencia a la discusión razonada de los problemas. Cada una

tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Al rigor ascético que desemboca fácilmente en una limitación acotada de los horizontes suceden visiones más amplias que pueden terminar en charlatanerías inconsistentes. Esta orientación puede perjudicar de manera deplorable al indispensable trabajo de publicación de los documentos básicos que, en número abrumador, esperan ser editados, examinados y repertoriados. Es verdad que las técnicas modernas permiten esperar, aunque sólo en cierta medida, un tratamiento más rápido de estos materiales.

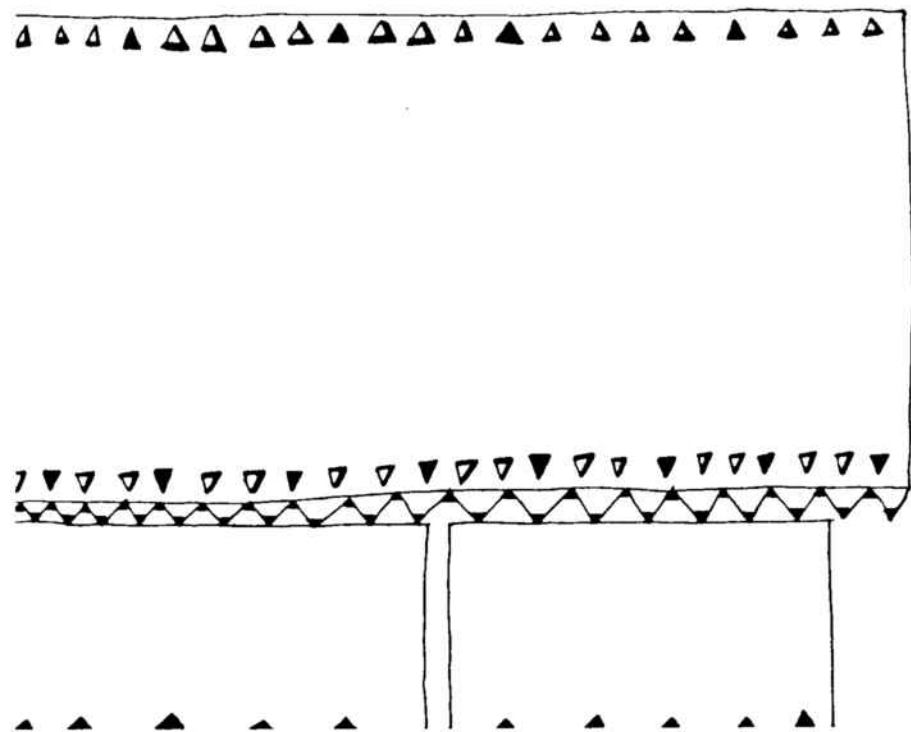
En último término, se ha podido hablar de un fin del orientalismo. Esta cuestión debe ser examinada con abundancia de matices. No hay una "ciencia" orientalista cuyos límites hubieran sido definidos por Dios o por la naturaleza de las cosas.

No hay más que problemas múltiples, justificativos de varias disciplinas generales, planteados por fenómenos variados que se manifiestan en ciertos países, en otro tiempo agrupados, según una compartimentación discutible y bajo el nombre de Oriente. Lo que está en juego es el fin de la hegemonía de la filología. Se empieza a renunciar a la idea implícita, dominante durante más de un siglo de estudios, según la cual la formación filológica podía bastar para tratar con competencia todos los problemas planteados por un campo de estudios que definía un límite lingüístico. Esta idea, insostenible racionalmente, provenía de la imperiosa necesidad de la preparación filológica para un estudio serio de los problemas planteados en el interior de este campo. La multiplicación de los materiales accesibles, así como la de los instrumentos de trabajo y el progreso de los métodos de estudios permiten ahora, no ya consumir la etapa de la filología, pero sí consagrar menos tiempo a ella. El avance de las ciencias humanas ha revelado también la complejidad de los problemas que no se podían resolver sólo con las armas del conocimiento profundo de la lengua, el buen sentido y, eventualmente, la inspiración de las ideas filosóficas muy generales. La práctica de los estudios orientales y, en particular, de los estudios islámicos, se ha hecho pues más difícil y menos específica. Los contactos con las otras disciplinas, un lujo como eran, se han convertido en una necesidad imperiosa. Los progresos que se anuncian son impresionantes. El precio que conviene pagar no es demasiado elevado.

NOTAS.

- (1) London, Champan and Hall, 1921, p. 109, otra edición, New York, Ch. Scribner, 1921; trad. francesa, **Le nouveau monde de l'Islam**, París, 1923, p. 120, cap. III, in fine.
- (2) *Ibid.*, p. 299; trad. fr., p. 315 (cap. IX, in fine).
- (3) Particularmente típica es la célebre carta al secretariado del partido de los comunistas franceses de Sidi-Bel-Abbès en Argelia, publicada por vez primera por H. CARRÈRE d'ENCAUSSE y S. SCHRAM, **Le marxisme et l'Asie 1853-1964**, París, 1965, p. 268-271.
- (4) "Buen trabajo, ¡pero desconfíe usted del pintoresquismo y del romanticismo!", recomendación de la periodista comunista rusa Maroussia, en la estación de Tachkent, al comunista francés Paul Vaillant-Couturier cuando partía de gira al Uzbekistán (en P. VAILLANT-COUTURIER, **Les batisseurs de la vie nouvelle**. II, **Au pays de Tamerlan**, París, 1932, p. 9 s.). Son estas palabras "las que haré falta llevar delante de uno, como una pancarta, durante todo este viaje", comienza, p. 11 s.
- (5) Cfr. A. BENNIGSEN y Ch. QUELQUEJAY, **Les mouvements nationaux chez les musulmans de Russie**, I, **Le "sultangaliévisme" au Tatarstan**, París-La Haye, 1960; A. A. BENNIGSEN y S. ENDERS WIMBUSH, **Muslim National Communism in the Soviet Union, a Revolutionary Strategy for the Colonial World**, Chicago-London, The University of Chicago Press, 1979.
- (6) Cfr. M. ROBINSON, **Marxisme et monde musulman**, París, Seuil, 1972, especialmente p. 375 s.
- (7) Es ya típica la obra del teólogo Ch. J. LEDIT, **Mahomet, Israël et le Christ**, París, 1956.
- (8) Cfr. mi introducción a la obra de R. DAGORN, **La Geste d'Ismael d'après l'onomastique et la tradition arabes**, Genève, Droz, 1980.
- (9) El primer congreso islamológico de tendencia sociológica tiene lugar en Bruselas en 1961, **Colloque sur la sociologie musulmane, Actes, 11-14 septembre 1961**, Bruxelles, s. d.

- (10) Cfr. el artículo-programa de Cl. CAHEN, "L'histoire économique et sociale de l'Orient musulman médiéval" en **Studia Islamica**, vol. 3, 1955, p. 93-115. El primer coloquio especialmente consagrado a la historia económica (medieval, moderna y contemporánea) del mundo musulmán tiene lugar en Londres en 1967, **Studies in the Economic History of the Middle East from the Rise of Islam to the Present Day**, London, O.U.P., 1970. Pioneros, en tonalidades muy diferentes, han sido Jean Sauvaget, Bernard Lewis y Claude Cahen.
- (11) Particularmente esclarecedor es el artículo de Bichr FARES, "Des difficultés d'ordre linguistique, culturel et social que rencontre un écrivain arabe moderne, spécialement en Égypte" en **Revue des études islamiques**, vol. 10, 1936, p. 221-242. Las dificultades que alcanzan a los escritores valen también para los investigadores en ciencias humanas.
- (12) Es esto lo que no tiene lo bastante en cuenta A. ABDEL-MALEK en su crítica del orientalismo europeo que encierra, sin embargo, ciertos elementos de valor: "L'orientalisme en crise" en **Diogenes**, nº 44, oct.-déc. 1963, p. 109-142. Cfr. las respuestas de Cl. CAHEN: carta en **Diogenes**, nº 49, 1965, p. 141-3 y de F. GABRIELL, "Apologie de l'Orientalisme" en **Diogenes**, nº 50, 1965, p: 134-142.
- (13) Cfr. las indicaciones cifradas aportadas por J. CHESNEAUX, "La recherche marxiste et le réveil contemporain de l'Asie et de l'Afrique" en **La Pensée**, nº 95, janv.-fév. 1961, p. 15-28.
- (14) Ver ya la obra de un aficionado muy instruido, F. GRECARD, **Grandeur et décadence de l'Asie**, París, 1939. En el mismo sentido, cfr. B. LEWIS, "The Mongols, the Turks and the Muslim Polity", **Transactions of the Royal Historical Society**, 5th series, vol. 18, 1968, p. 49-68.



□
□
□